

CAEI

Centro Argentino
de Estudios
Internacionales

Los movimientos sociales del Medio Oriente y sus implicancias internas y regionales

by Diego Fossati y Fernando Bazán

Working paper # 21
Programa Medio Oriente



Los movimientos sociales del Medio Oriente y sus implicancias internas y regionales

Por Diego Fossati (CAEI) y Fernando Bazán (CEMOC)

Introducción

Durante los últimos meses las regiones de Medio Oriente y el Magreb son noticia por los movimientos sociales internos que se han suscitado. Lo interesante de este fenómeno es que poco se habló y explicó sobre las consecuencias en la región.

En primer lugar es necesario mencionar que -a pesar de los conflictos latentes-, en la región se vivía una situación que podríamos llamar de “conflicto latente”. Subsiste un conflicto entre Israel y Palestina, hay tensiones en Irak, secuelas de Afganistán, y a pesar de esto el escenario podría ser peor. Uno de los motivos por el cual se alcanzó esta situación, tiene que ver con las protestas que hemos visto últimamente. Existieron durante mucho tiempo gobiernos que fueron sustentados por países de Occidente porque significaba la proyección de su política exterior en la región. En un entorno de Guerra Fría, lo hicieron para contener el avance del comunismo; luego de caído el Muro de Berlín y disuelta la Unión Soviética esta política continuó pero orientada a otro enemigo: el terrorismo y el fundamentalismo islámico; excusas de Occidente para continuar teniendo presencia en la región.

También significaba asegurarse, en algunos países (como Libia), tratados comerciales que incluían la exportación de petróleo. Es así que a lo largo de casi 50 años Occidente tuvo presencia directa (militar) o indirecta (política) en la región y que estos regímenes se sustentaron en a partir del enemigo a combatir o de mantener un supuesto *statu quo* en la zona.

Pasaron los años y el pueblo expresó su disconformidad. Si bien algunos analistas hablan de “efecto dominó” preferimos llamarlo “efecto contagio”. En menos de 60 días, los reclamos sociales se alzaron en: Túnez, Egipto, Libia, Yemen, Jordania, Bahrein, Marruecos, Omán e Irán. Existe la posibilidad de que continúe su expansión al África Central y que, a nuestro entender, contribuya a la aceleración de la división de Sudán en dos unidades políticas independientes.

Los movimientos sociales



Los movimientos sociales en el Medio Oriente no son situaciones homogéneas y cada país presenta particularidades con rasgos distintivos propios. Existe, sin embargo, una serie de factores – manifestantes, redes sociales, religión, oposición, regímenes y Fuerzas Armadas (FFAA)- que se repite en mayor o menor medida y producen una tendencia en todos los movimientos. A su vez, éstos pueden agruparse en dos modelos: el primer modelo -con las manifestaciones en Egipto y Túnez- y un segundo modelo -caracterizado por las manifestaciones en Libia y Bahrein-.

Los manifestantes en su mayoría son jóvenes de ambos sexos que se veían limitados en sus sociedades debido a altas tasas de corrupción estatal, clientelismo en el reparto de los cargos públicos, aumento de la brecha entre ricos y pobres, ausencia de libertad de expresión, decadencia de la imagen nacional y una represión sistémica bajo la apariencia de una *pseudo*-democracia basada en elecciones fraudulentas.

La falta de trabajo y la situación económica, en franco proceso de deterioro, actuó como factor decisivo dentro del primer modelo de movimientos –Túnez y Egipto- pero en el segundo modelo – Libia y Jordania- respondieron más a causas coyunturales que a demandas económicas estructurales.

Se observan en los dos modelos, que los manifestantes comparten sus demandas por los abusos de poder que van desde la represión a la corrupción. *Wikileaks* sirvió para confirmar los rumores que circulaban en las distintas sociedades acerca de sus líderes, con el agravante que la confirmación provenía de un aliado clave de varios regímenes regionales depuestos o cuestionados.

Cabe destacar que en ambos modelos de manifestaciones, no se observaban consignas en contra de los EE.UU., como se veían en el pasado, ni se culpó a Occidente de sus problemas; por el contrario las críticas y demandas se centraban en los líderes locales como únicos responsables de los males nacionales. De cierta manera, este cambio se podría explicar a partir de la juventud de sus manifestantes que no reniegan del modelo norteamericano –como si lo hacen los radicales religiosos- aunque tampoco los jóvenes se verían atraídos a entablar alianzas del mismo modo que las sostenidas por los regímenes depuestos o cuestionados.

Otra característica compartida por los manifestantes -en ambos modelos- es que solo estaban armados con su ira y frustración, si bien las marchas tuvieron los incidentes típicos de las demostraciones callejeras, no se registraron combates como los acontecidos durante la guerra civil libanesa; las fuerzas de seguridad de los regímenes hostigaban a los manifestantes para disuadirlos y en muchos casos ante la imposibilidad de contenerlos y viendo la legitimidad de los reclamos se



unían a ellos otorgándoles a los manifestantes un poder de fuego que no fue utilizado de manera ofensiva sino defensiva y en escasas oportunidades.

El principal elemento, dentro del factor de los manifestantes común a los dos modelos, es la pérdida del miedo dentro de las sociedades y la aparición de la opinión pública. Dentro del primer modelo ésta comenzó con el cuestionamiento al gobierno tunecino que luego contagió a Egipto y cuando llegó a Libia –dentro de segundo modelo- a riesgo de enfrentar una feroz represión, como de hecho sucedió, mantuvo su impulso inicial y no pudo disolverse por el régimen.

La tecnología e internet desempeñaron -en ambos modelos- un papel importante como instrumentos para la coordinación y movilización de los manifestantes; no sería adecuado considerarlos como factores determinantes ya que fueron otros los motivos decisores que llevaron a los manifestantes a salir a las calles. Dentro de los estos medios tecnológicos encontramos una clara distinción de los usos particulares que le dieron los manifestantes a los mismos: las redes sociales –*Facebook* y *Twitter*- sirvieron para la coordinación; los e-mails -debido a su dificultad para ser interceptados por el gobierno- sirvieron para educar a los manifestantes en técnicas de confrontación con las fuerzas de seguridad y finalmente, las televisoras satelitales –*Al Jazeera* o *Youtube*- mantuvieron en las distintas sociedades una conciencia situacional del impacto interno y externo de las manifestaciones. El factor religioso no se ha visto como dominante en los dos modelos, de hecho las masas se manifestaron sin consignas religiosas en lo que podría calificarse como un movimiento netamente secular y cívico. Si bien comienzan a emerger demandas, donde la religión ocupa un lugar importante –como en Bahrein-, los dos modelos parecen ser consistentes en cuanto al pedido de democratización del sistema en vez de un cambio del mismo –de laico a teocrático-.

La oposición no es homogénea en los diferentes países y ello ha influido sobre la forma en que los regímenes han respondido ante los reclamos sociales. Mientras que en Egipto la oposición interna tiene un nivel aceptable de movilidad y vitalidad –aunque exista una marcada diferencia entre los partidos tradicionales (Hermandad Musulmana) y los nuevos- y ello aseguró un sistema político viable luego de la caída del régimen. Existen otros regímenes -como el libio- que han eliminado todo tipo de oposición política interna, dejando como oposición una coalición de partidos en el extranjero sin mayor influencia local, y el espacio de oposición política es ocupado por clanes tribales o religiosos.

En los dos modelos se observa que la oposición interna se mantiene unida y se presenta como una unidad monolítica en cuanto a su objetivo de derrocar al régimen, pero una vez que ello sucede el



consenso desaparece y surgen las agendas unilaterales y las alianzas sectoriales. De allí que se comiencen a perfilar diferentes modelos de oposiciones, muchos de los cuales se mantuvieron controlados por el aparato estatal durante décadas –los chiitas en Bahrein o los clanes del Este en Libia- y que, ante la caída o debilidad del poder central, emergen y buscan recobrar su protagonismo político.

La transición, es la otra cara de la moneda junto a la oposición, y por ello se debe analizar consecuentemente cada situación en particular. Sin embargo se observan una serie de tendencias en aquellos países donde el régimen fue derrocado –como Egipto- que mantiene una continuidad del orden institucional y la transición parece transitar por los medios previstos y en un cierto orden. El poder del ejército, radica en que es la institución de la revolución de 1952 de donde han salido todos los presidentes de la época republicana, Naguib, Nasser, Sadat, Mubarak y Soleiman y Tantawi hoy. En aquellos países donde el régimen se intenta deponer de manera violenta –como Libia- con una ausencia de partidos políticos y las estructuras estatales colapsadas por las luchas internas, hacen pensar en una transición más dificultosa. Una tercera situación está comenzando a emerger de manera preventiva, donde el Estado está llevando adelante una fuerte intervención económica y prometiendo apertura política –como sucede en Siria y Arabia Saudita- para contener posibles situaciones desestabilizantes y asegurarse así un escenario de transición pautado y controlado.

Las respuestas de los regímenes a los reclamos sociales varían de acuerdo a la estabilidad previa a las manifestaciones, y si bien no son homogéneas, presentan algunos aspectos en común. Dentro del primer modelo, la estrategia del régimen tunecino fue abandonar el poder de manera inmediata manteniendo la seguridad de sus miembros y familiares; ello se explica a partir de una situación política interna donde ya no había más margen para negociar con los manifestantes y las FFAA tunecinas son renuentes a participar en política y su tamaño es reducido. El régimen egipcio, ya sin el factor sorpresa y con más espacio político para negociar, ensayó una batería de recursos para disuadir las manifestaciones que fueron desde mejoras económicas a la amenaza y uso de las fuerzas de seguridad para reprimir; y aunque el ejército egipcio es el más grande y cohesionado del mundo árabe prefirió no apoyar al gobierno –en parte porque tiene intereses políticos- y establecerse como garante de la estabilidad interna. En este primer modelo, los regímenes vieron que no era viable su continuidad y dimitieron.

En el segundo modelo, las estrategias cambiaron sustancialmente y sustituyeron a las negociaciones por las amenazas directas y la represión –Bahrein y Libia por caso- para asegurar la



permanencia de los regímenes frente a las sucesivas caídas en Túnez y Egipto. En una primera etapa los enfrentamientos fueron llevados adelante por las fuerzas de seguridad y cuando éstas fueron superadas se emplearon a las FFAA a gran escala.

Cabe destacar que en las respuestas de los regímenes del segundo modelo, se observa un cambio en la percepción de los líderes, que ven a la caída de su gobierno como inevitable sino despliegan todos los medios coercitivos disponibles. En este segundo modelo se hace más evidente la pérdida de miedo por parte de la sociedad civil, aún a riesgo de enfrentar una brutal represión.

Otro factor gravitante son las fuerzas de seguridad y las FFAA. La conformación del aparato de seguridad resulta de vital importancia para comprender su accionar; en el pasado la estructura de seguridad trabajaba y adhería al sistema, imponiendo la mano dura del régimen mediante tareas de Inteligencia. A partir de las manifestaciones en Túnez y Egipto se comienzan a observar varios detalles significativos en las fuerzas de seguridad: su alcance no era efectivo en situaciones de masas; la Inteligencia preventiva falló por causa de la corrupción sistémica y la población perdió el miedo a su accionar –principal pilar del sistema de protección de estos regímenes-. La merma en la capacidad de contención y disuasión, por parte de las fuerzas de seguridad, se va a repetir en los dos modelos.

La situación del aparato militar es diferente. La estructura tradicional de la mayoría de los ejércitos – a excepción del egipcio- estaba diseñada para tareas de represión interna, ya sean de disidentes o grupos terroristas radicales. Su nivel de participación en política hace variar su grado de injerencia en las cuestiones actuales: mientras que el ejército tunecino –debido a su profesionalismo y baja participación en política- se mantuvo al margen; el ejército egipcio tiene una sólida imagen de institución estatal adecuada para la transición –debido a sus profundos intereses políticos- y goza del aprecio popular; y por último tenemos a ejércitos como el de Libia y Bahrein, que no tienen conexiones políticas ni sociales –debido a su conformación tribal o extranjera- y son empleados para la represión directa de los manifestantes.

Dentro del esquema de las FFAA empleadas para la represión, comienzan a manifestarse una serie de problemas similares a los padecidos por las fuerzas de seguridad; por ejemplo el ejército de Libia que contaba con 45.000 efectivos y estaba considerado como una fuerza a tener en cuenta, resultó que esa estructura estaba sustentada por 20.000 conscriptos y los batallones estaban divididos en clanes que ahora responden a sus líderes tribales y no al régimen central, con lo cual también se está cayendo el mito de las FFAA en muchos países árabes.



El escenario regional

Regionalmente podemos esperar: en relación al Magreb, una mayor migración hacia el sur de Europa. Este movimiento de personas ya empezó pero puede incrementarse en tanto la estabilidad no vuelva a sus países. Como sabemos, Egipto y Libia continúan en una situación indefinida por un lado y grave por otro. Los países del sur europeo tendrán que generar políticas para responder a esta masa de inmigrantes árabes-africanos que se sumarán al problema que ya acusan tener al respecto desde la Unión Europea. Los principales afectados serán España, Italia y Francia.

Por otro lado, esta situación quizás, permita el despertar de problemas que se vienen acarreado de tiempo atrás y que se mantuvieron latentes. Por ejemplo, en el caso de que Egipto sea gobernado por el partido político de Hermandad Musulmana (que según lo que se espera de la reforma constitucional se podrá presentar a elecciones este año conformando formalmente un partido político) y posiblemente se generen situaciones de tensión por dos motivos: los límites con Israel y la política que este movimiento tiene planeada respecto al Canal de Suez que generará una incomodidad general.

El segundo problema tiene relación con la disputa de la hegemonía en la región. Por un lado se encuentra Irán que desde tiempo atrás viene trabajando para alcanzar este status; Turquía que realiza una tarea como país “musulmán-europeo” tratando de posicionarse como aliado occidental en Medio Oriente; Egipto que pujaba por lo mismo hasta la caída de Mubarak y por último los países de la Península Arábiga liderados por Arabia Saudita impulsados por su producción petrolera. Los cambios internos pueden provocar la subida de grupos nacionalistas (nótese que no mencionamos islámicos fundamentalistas) que pretendieran posicionar a sus países respectivos como líderes regionales; Irán viene generando desconfianza hace tiempo por su continuidad en el plan nuclear. Todo esto puede concluir en una situación de tensión entre los países de la región

Un tercer, y último problema, que puedo mencionar es el tema Israel. En caso de producirse el ascenso de grupos políticos más inclinados al estado islámico, ¿Cuál sería la postura de los mismos respecto a la convivencia con el estado judío? Y obviamente la pregunta que surge de esto es ¿Cómo reaccionaría la Liga Árabe ante una inminente alianza político-militar contra Israel?

Los problemas que citados anteriormente son de carácter “endémico” si se quiere. Pero existe uno más y está relacionado con la posible intervención militar de Occidente para pacificar el norte de África. En estos últimos días, la agenda de Bruselas contiene un único tema a discutir: la



intervención de la OTAN en Libia. Fundamentos, variados: evitar los vuelos de aviones de combate para bombardear a los rebeldes, pacificar Libia, evitar más muertes, derrocar al presidente y principalmente controlar los barcos que llevan inmigrantes ilegales al sur de Europa. Esta intervención, desde el punto de vista del Derecho Internacional Público (DIP) tiene varias objeciones. En primer lugar es intromisión en asuntos internos de un Estado (uno de los principios baluarte del DIP, algo utópico hoy en día). En segundo lugar, para que la ONU resuelva intervenir, debe producirse una comprobada amenaza a la estabilidad de la región o la paz mundial, según versa en su Carta. Hasta ahora esto no se ha comprobado. En tercer lugar, para que la OTAN decida intervenir militarmente debe ser en respuesta a la agresión que reciba uno de sus países miembros, situación que no se ha dado.

Desde el punto de vista político en los países interesados (o por lo menos que se encuentran evaluando la posibilidad) también se suscitaron controversias ya que hubo posturas opositoras. El Parlamento británico no ve viable la participación de su Fuerza Aérea en Libia. Rusia ha manifestado su fuerte oposición a que EEUU aterrice en suelo magrebí. Francia considera que primero debe haber resolución del Consejo de Seguridad al respecto y luego puede intervenir la OTAN.

EEUU, a través de Hilary Clinton manifestó que están evaluando todas las posibles acciones en Libia. La primera reacción a esta declaración fue interna: el Pentágono advirtió sobre los riesgos, de toda índole, que significaría abrir un tercer frente en la región islámica. Washington continúa evaluando, pero a ciencia cierta estimamos que el gobierno de Obama reconsidera la participación militar ya que se oponen a la misma, cuestiones económicas internas, su propia opinión pública y hasta la retórica del propio gobierno quien en sus inicios hablo de retiro de tropas de Medio Oriente. En conclusión, inferimos que si EE.UU. no participa militarmente, la OTAN dudará en hacerlo.

Como quedó expuesto, la situación socio-política en Medio Oriente no solo posee consecuencias internas sino que también regionales y quizás hasta globales si es que la ONU interviene. Lo importante es realizar el seguimiento de forma integrada ya que se han producido, y se producen, movimientos que son de suma importancia para la escena internacional. Cada jugada, cada decisión que los líderes regionales adoptan tienen una consecuencia y en éstos días especialmente, la consecuencia es exponencialmente magnificada.

